



EL NIÑO QUEJUMBROSO.

Sentiria en el alma, lectorcitos mios, que hubiese entre vosotros algunos de esos niños que son desgraciadamente lo que solemos llamar quejumbrosos. Mejor, cien mil veces mejor queria que fuesen tuertos, ó cojos, y aun todo esto aun tiempo que no quejumbrosos. Sabeis bien lo que es ser quejumbroso? Es padecer tanto en los males leves como en los grandes, es tener una delicadeza de cuerpo pusilánime floja y de un gallina; es dar un millon de *ayes* mas en su vida infantil, que los otros; es verter á lo menos una cofaina de lágrimas mas por sí solo, que seis niños sin este defecto; es hacer treinta y seis mil veces mas gestos de maricon, que todos los otros chicos; es tener mas frio, mas calor, mas hambre, mas sed, mas dolor de cabeza, de garganta, de pecho, de piernas ó de brazos, que toda una sala de enfermos, y todo esto no por culpa de la naturaleza, que nos haya tratado como madrastra, sino únicamente por culpa nuestra, pues nos conducimos neciamente

te. Es uno quejumbroso, no porque experimenta mas dolor que los otros, sino porque tiene mas miedo al dolor que ellos. Para curarse de enfermedad tan triste es menester cuando el dolor se presenta, decirle: Veamos, dolor, si son muy largos tus dientes, y muy punzantes tus uñas; y no sufrir mas que á proporcion de lo punzante de las uñas, y la longitud de los dientes de ese monstruo que se llama dolor. Si al contrario, ó por flojedad de corazon, ó por capricho loco de la imaginacion se exajera la corpulencia, y fuerza y brio del dolor, se le hace ser lo que no es; quiero decir mas terrible, mas formidable, y se padece por un mal imaginario absolutamente tanto como si fuere real. Ah! Dios mio, mis pobres niños, reservad, reservad vuestras lágrimas, reservad vuestros ayes, vuestros gemidos para otras circunstancias. Hay males en la vida, que aun no conoceis, males que no podeis imaginaros, padecimientos del cuerpo, y principalmente del corazon, en los que están permitidos los quejidos, las lágrimas, y los lamentos. Y aun mejor será, niños, que hagais provision de valor, porque la vida es un combate. Representaos á veces en vuestra mente esos maravillosos ejemplos de fortaleza de alma, que pasarian por cuentos si no estuviesen consignados en la historia. Ved al sabio Anaxarco, que habiendo caido en manos del tirano Nicocreon, no retrocedia á la presencia de especie alguna de tormentos. Echado en un gran almirez de piedra, y machacado á fuertes golpes con un martillo de hierro: golpea, decia al tirano, golpea el Saco de Anaxarco (este es el nombre que daba á su cuerpo) jamas golpearás al mismo Anaxarco, queriendo darle en esto á conocer, que el alma, parte la mas bella del hombre, su alma intrépida no sentia los tiros del dolor. El tirano lleno de furor le amenazó con que le haria cortar la lengua, y Anaxarco con una sonrisa de desprecio, movió un poco los labios y escupió en seguida á la cara de Nicocreon un bocado ensangrentado, su lengua despues de habérsela cortado y mascado con los dientes. *Tomal eso, no es difícil á un hombre hecho, fuerte, robusto. No así nosotros que somos pequeños tiernos aun, y no tenemos barbas en la cara.....* Corrientel y era hombre hecho y barbado aquel Lacedemonito de diez años que ocultando un zorrillo bajo su túnica interior (*túnica interior* era lo que nosotros llamamos camisa) teniéndolo sujeto contra su pecho, y ocultándole por miedo que lo viesen y se lo quitasen, mas bien quiso dejarse desgarrar y morder que soltar la presa? ¿tenia cinco pies y seis pulgadas, tenia todos sus dientes y el pelo canoso aquel otro buen Lacedemonio pequenuelo que servia de turiferario en un sacrificio donde presidia el rey Alejandro, y habiendo dejado caer un ascua sobre su brazo, quemado este hasta el hueso de modo que los concurrentes per-

cibian un olor á carne asada, permaneció inmóvil, sin pestañear, ni gritar, mateniéndose quieto, con los ojos algun tanto mas abiertos, á fin de no turbar la augusta ceremonia?

Quisiera yo veros, á vosotros, muy blancos sonrosaditos, mientras un zorro escarbaba en vuestro seno con sus uñas y dientes, mientras que una ascua abrasaba en la carne de vuestro brazo humeando, querria ver sobre todo á Lolo Marquez de quien voy á hablaros; y por cierto que bien le cuadra el nombre, tanto es lo que se queja por la menor cosa. Esta es una historia de 1818 que he encontrado entre ciertos papeles viejos, y copio sin alterar nada de ella.

Lolo es un simploncillo de nueve años, grueso rollizo y agradable para su edad, colorado, que come bien, duerme bien, y goza de salud á las mil maravillas. Pero, qué lastimal Lolo es un alfiñique, un niño quejumbroso.

Si una pulga le pica, no hay remedio, es menester desnudarle para buscar la pulga; querria que se cogiese una escopeta de dos tiros para matarla.—O! ay! ay! Que se corte un poquillo con algun pedazo de vidrio ó un instrumento cortante, y que vea salir de su leve herida una gotilla de sangre..... oh! oh! ay! ay! oh!, acá! acá! mamá, papá, tío mío, tía, hermano, hermana, primo, prima, Pedro, Mariquita, venid, venid todos, me muero, soy muerto, pierdo toda mi sangre; y Lolo se pone pálido, tiembla, llora, grita, se tambalea y cae sobre una silla. Pronto un médico, un farmacéutico, un cirujano, todos los facultativos de Madrid; bien que todo es inútil porque Lolo está herido de muerte,.... el lo dice.... que se traiga pues un clérigo para enterrarlo, y que se encargue la losa que ha de estar sobre su sepulcro con este epitafio: *Aquí yace Lolo el quejumbroso, que murió súbitamente de un rasguño....* Afortunadamente el difunto no está muerto como dice la comedia, pues una hora despues come y bebe y rie como si nada hubiese sucedido, y es porque en efecto no era nada. Lolo, desde que vive ha muerto cien veces á lo menos, y no enflaquece. Contad bien: Lolo murió una vez porque se atragantó resucitó, y murió una segunda vez porque un camarada le tiró del pelo; otra vez murió por haber dado una caída sobre la yerba; por haberse quemado la puntita del dedo meñique se creia asado como un capon que voltea en un asador una hora entera, y preguntaba á todos ¿pues que no percibo yo el olor á chamusquina? Murió en el mes anterior cuatro veces á lo menos; primero de un resfriado, despues de un cólico, en seguida de una calentura, en fin de una indigestion. Lolo ha muerto cien veces, os digo, y goza de una salud que encanta.

El señor Marquez, su padre, se afligia de tener un hijo tan delicado, tan quejumbroso, un niño tan amaricado, tan man-

dria. Había empleado mil medios para curar á su hijo de la enfermedad del miedo y de la exageracion del mal físi-co. Un dia para probar á Lolo que su imaginacion pusilánime y su molicie de corazon tenia por lo menos tres cuartas partes de influencia en sus dolores, le habia ocurrido un ardid que habria producido buen éxito en otro que no fuera Lolo. Es preciso que sepais primero, amiguitos mios, que el estremado frio y el calor estremado producen en nuestros cuerpos la misma primera impresion, siendo inútil daros aqui la explicacion, ó el por qué de esa misma propiedad de dos estremos opuestos, porque sois demasiado jóvenes para comprenderlo. Ya lo sabreis mas adelante, cuando estudiéis las ciencias. Se habia dejado que Lolo contrajese el malísimo hábito de no acostarse en los seis meses del año, sin que antes se le calentase el lecho, y todavia muchas veces despues de metido en él era preciso pasear el calentador por el sitio donde reposan los pies, porque decia que los tenia helados, y durante esta operacion Lolo se hacia un ovillo para no ser quemado. Esto así, su padre una noche despues de haber encargado á la niñera calentase muy ligeramenie la cama de Lolo, llegó cerca de él con otro segundo calentador que habia llenado de yelo, y tendido en nieve durante una hora, llegó, le dejó cerca de Lolo y le preguntó si tenia frio en los pies.—Ay! mucho frio, papá, me molesta mucho: ay! ay! Pues bien, contestó el señor Marquez, aqui tengo un calentador y voy á pasarlo sobre tus sábanas: mas retira los pies porque podré quemarte. La recomendacion era inútil. Los pies de Lolo en casos iguales se retiraban siempre hasta cerca de la almoadá, se reventaba los ojos con las rodillas. ¿Estás ahí? preguntó el señor Marquez.—Sí papá, aqui estoy. El señor Marquez entonces empujó con viveza el calentador, y alcanzó á tocar en una pierna de Lolo. Ay! ay! oh! ay! me he quemado, me he frito, me he asado, me abraço gritaba; agua, agua para apagarme! y gritando de este modo corria por todo el cuarto, y no hallando allí lo que buscaba; bajó en camisa hasta la cocina, donde habiendo encontrado un caldero lleno de agua fria, zambulló en él su pierna gritando como un loco. Despues llamó á Mariquita. ¡Oh ay! ay! Mariquita; ven ácércate, socórreme, no puedo sufrir mas! estoy perdido! Pero Mariquita se detenia en cada escalon de la escalera, riéndose con todas sus fuerzas, y comprimiendo la risa como podia para responderle.

Despues de este diálogo, Mariquita, cumpliendo las órdenes del señor Marquez, tomó á Lolo en brazos y lo llevó al cuarto de donde habia bajado, siempre gritando y llorando. Vamos, le dijo su padre, te duele aun la pierna?—Oh papá, mas que nunca, y si esto dura veo claramente que será menes-

ter cortármela, y me moriré.—Ah! valiente quejumbreon eres! dijo entonces el señor Marquez enseñándole el calentador, mira con lo que te he quemado, con nieve, y nada te duele en este momento como me sucede á mí: te figuras padecer, tu imaginacion está espantada, á eso está todo reducido. Acuéstate. Lolo un poco confuso se metió en su cama, se introdujo entre las sábanas y dijo. Es igual, mucho me duele y no osaba tocarse á la pierna, temiendo quemarse los dedos, porque no habia quedado corregido.

El señor Marquez debía ir cierto dia á hacer una visita á su prima, una de las hermanas de la caridad del hospital, que asisten en la sala de los niños enfermos, que por lo regular son hijos de pobres que no pueden cuidar de ellos en sus casas. Allí por el contrario, encuentran siempre estos pobres niños á su cabecera ángeles consoladores bajados del cielo en forma de sencillas mugeres, dedicadas al alivio de la humanidad. Lolo quiso acompañar á su padre, y éste lo consintió tanto mas gustoso, cuanto que vió en el condescender á los deseos de Lolo, una ocasion de ponerle á la vista el espectáculo de los padecimientos humanos, y al mismo tiempo el de la paciencia y la resignacion en esta edad de la vida tan tierna y fragil, que es por sí una verdadera enfermedad. Llegaron al hospital y despues de haber conversado un rato con la prima, se despidieron de ella, pasando á recorrer las muchas y dilatadas salas donde se ven dos hileras de camas numeradas, en cada una de las cuales padece mas ó menos un pobre niño; á uno y otro lado de aquellos tristes lechos se escapan de cuando en cuando gemidos producidos por el dolor, que turban solos el silencio de aquella triste estancia. El señor Marquez hacia que Lolo se detubiese delante de cada una de las camas. Mira, le decia, mira ese niño, ese pobre niño tan pálido y débil, mira como padece, y sin embargo apenas de vez en cuando arroja un gemido: mira Lolo, y aprovéchate del ejemplo. Lolo miraba lleno de espanto; le parecia experimentar sucesivamente todos los dolores que sé le ponian por delante: cuando veia un niño con dolor en el pie, á Lolo le dolia el pie: cuando era la cabeza le dolia la cabeza; si el dolor estaba en el brazo del niño, á Lolo le dolia el brazo. El pobre Lolo, el ridículo quejumbroso, tenia en aquel instante en su cuerpo todas las enfermedades del hospital, en imaginacion, se entiende.

Habia algunas camas desocupadas. La salud ó la muerte habian pasado por ellas, y habian dicho, la una levántate, la otra, llevárselo. Un niño de diez años acababa de recibir la primera de estas órdenes: su cama estaba todavia caliente del último dia de su enfermedad. Este niño se mantenía en pie delante de la cama en que yacía otro niño enfermo;

dazos de pan; si hubiese podido vender mi vestido, lo habria hecho; pero quien lo habria querido comprar? Nada tenia que vender, y por eso he vendido mi sangre en dos duros.—Oh! ay! Dios mio, exclamó la madre, ¡Dios mio! pobre hijo mio, has vendido tu sangre por nosotros..... y la madre lloraba estrechando á su débil José entre sus brazos, y el padre sollozaba tendido sobre la paja y el señor Marquez se enjugaba los ojos detras de la puerta, y Lolo gritó: ay! ay! que me desangro. Este grito atrajo hácia la puerta la atencion de los pobres habitantes del desvan.

El señor Marquez abrió entonces la puerta, y entró llevando á Lolo de la mano.—Felices dias, buena gente, dijo: he sido testigo de cuanto ha pasado, y mi corazon está fuertemente agitado. Me encargo, si quereis confiarlo á mis cuidados, de la educacion y de la suerte de José; quiero que mi hijo le tenga diariamente á su lado para tomar á cada momento lecciones vivas de desprendimiento y de valor. Entre tanto, amigos míos, ved aqui con que acudir á vuestras primeras necesidades, y entregó á la pobre madre un bolsillo con veinte y cinco doblones.

Reprodugéronse las lágrimas, mas estos llantos servian de alivio á los primeros. José y sus padres se arrojaron á los pies de Marquez, que los levantó apretándoles la mano y les dijo:—Hasta la tarde que un criado vendrá por José. Le llevaria ahora mismo, pero esto seria privaros de él muy pronto. Adios, amigos míos, adios.

Qué tal? dijo el señor Marquez á Lolo, luego que estuvieron en la calle.—Bien papá, dijo Lolo haciendo del animoso, seguro, te prometo que en adelante quiero comer mi sopa bien caliente, sin hacer mas de tres ó cuatro gestos.

José se educó en casa del señor Marquez. Los ejemplos que dió á Lolo fortalecieron el alma de este que es hoy uno de los buenos oficiales que mas se han distinguido en la última guerra.



HISTORIA SACRADA.

JOSÉ Ó EL TRIUNFO DE LA INOCENCIA.

Habeis visto hijos míos, como la proteccion del Señor salvó á Jacob y su familia de las consecuencias del furor de los pueblos.

El santo varon vino entonces á la tierra de Canaan con todos sus hijos. La buena armonía que debe haber en las familias se reemplazó por la discordia en la de Jacob: sus hijos tenían envidia del cariño que tenía á José y no desperdiciaban ocasion, para manifestar á su hermano el aborrecimiento que tenían contra él.

José, de edad entonces de diez y seis años, conducía una parte de los ganados de su padre. Llevaba sus ovejas á los mismos pastos que sus hermanos, y les veía cometer á menudo acciones culpables. Un dia los acusó á su padre y les reprendió su conducta criminal. Desde entonces se aumentó el odio y resolvieron deshacerse de él. Los malos temen siempre la presencia de los hombres virtuosos.... porque el ejemplo de una buena conducta, es para ellos una reprension severa, y antes que corregirse y cambiar de conducta, buscan por todos los medios el apartar á aquel cuya vista hace nacer sus remordimientos. Otra circunstancia vino á colmar el furor de los hijos de Jacob contra su hermano.

José les contó que habia tenido un sueño que parecia anunciar que con el tiempo llegaría á ser grande y poderoso, y que su familia tendria que someterse á sus mandatos. Jacob, en lugar de ofenderse de estas palabras, le escuchó con atencion pensando que Dios podia tener designios sobre el porvenir de sus hijos.

Algun tiempo despues, como los hermanos de José se hubiesen parado en *Sichen* para que pastasen los ganados de su padre, Jacob dijo á su querido hijo, que se habia quedado con él.—Tus hermanos hacen pastar nuestras ovejas en el pais de *Sichem*, Ve á donde están y vuelve á decirme, si están buenos asi ellos como nuestros ganados.

José marchó y despues de haberlos buscado, durante algunos dias llegó á encontrarlos, en el llano de *Dathin*.

En cuanto le vieron resolvieron matarle. Aqui está el sonámbulo; matémosle y echémosle en esta cisterna, y luego diremos que le ha devorado una fiera; entonces veremos de lo que le sirven sus sueños.

Ruben trató de salvar á su hermano.—No le mateis, les dijo, porque es nuestro hermano y su sangre corte por nuestras venas. Si quereis desembarazaros de él para siempre, echadle en esa cisterna, que está en medio del desierto, pero conservad vuestras manos puras.

Al momento que José estuvo cerca de sus hermanos, se echaron sobre él, le quitaron los vestidos, y le arrojaron á la cisterna, pensando que allí moriría de hambre.

Sin ningún remordimiento por tan inicua accion se pusieron despues á comer.

Muy pronto, y sobre el mismo terreno, vieron pasar *Ismaelitas* que venian de *Galad*, llevaban en los camellos perfumes, resina, mirra, é iban á Egipto.

Entonces *Judá* dijo á sus hermanos. ¿De qué nos servirá el haber muerto á nuestro hermano y haberlo ocultado? Mejor es venderle á los *Ismaelitas*, y no manchar nuestras manos con su sangre, porque al fin es hermano nuestro.

Habiendo consentido los demas, sacaron á José de la cisterna, y le vendieron á los comerciantes por veinte monedas de plata. Estos continuaron su camino llevándose con ellos el nuevo esclavo á Egipto. *Rubén* hacía rato que se había alejado con los ganados; cuando volvió, su primer cuidado fué llevar algun alimento á la cisterna para su pobre hermano José. Pero ya José había marchado con sus dueños. *Rubén* no viéndole concibió gran desesperacion. Se presentó á sus hermanos y les preguntó que habían hecho con José.

—Le hemos vendido respondieron ellos.»

—¿Y cómo me presentaré ahora á mi padre? qué le responderé cuando me pregunte por él?

A fin de engañar á su padre, y de ocultar su falta, estos hombres crueles tomaron el vestido de José, que habían conservado, y habiéndolo empapado en la sangre, de un cabrito que habían muerto lo enviaron á su padre.

—Ved aquí, dijo el mensagero á el santo varon, ved aquí un vestido que hemos encontrado, ved si es el de vuestro hijo.

Jacob lo reconoció al momento.

Es sin duda el de mi hijo devorado por alguna fiera. Entonces el desgraciado padre rasgó sus vestidos, se cubrió de luto, y se entregó al dolor mas profundo.

Todos sus hijos se presentaron, y procuraron consolar al padre, pero este se negaba á todo consuelo.

—Yo lloraré siempre dijo hasta que descienda con mi hijo al fondo de la tierra.

RASGOS DE LOS NIÑOS CÉLEBRES.

JUAN DE ARIAS.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

A mediados del siglo diez y siete vivía en Burgos una pobre viuda que su marido el señor de Arias de una familia antigua y noble de Castilla, había dejado en la indigencia con dos niños pequeños, un varón y una hembra. Esta desgraciada familia era demasiado orgullosa para recurrir á la piedad de sus parientes, que no se cuidaron de acudir ellos mismos á su socorro; y apesar de la distinguida condicion que por su nacimiento y por su casamiento disfrutaba, prefería deber su existencia al trabajo de sus manos, mas bien que á las limosnas adquiridas por el desprecio y la humillacion. De Dios solamente esperaba ella tarde ó temprano la recompensa de su valor y de su virtud.

Todas las noches, despues de las ocupaciones de un día laborioso, iba acompañada de sus hijos á la catedral de Burgos á fin de hacer allí una pequeña oracion ante el altar de la Virgen, y esta oracion pronunciada con voz conmovida, entre lágrimas y efusion de un corazón devoto la daba fuerzas para soportar las pruebas del siguiente día, que no siempre traía á su casa sino lo estrictamente necesario. Frecuentemente hasta el pan le faltaba; mas su confianza en la misericordia del cielo no se disminuía, antes por el contrario redoblaba su celo en el cumplimiento del piadoso deber que se había prescrito. La providencia sin embargo apenas la favorecía lo suficiente para impedir que muriesen de hambre.

La mayor pena de esta desgraciada era no poder dar á su hijo una educacion digna del apellido que llevaba y sobre todo de la inteligencia natural prematura que manifestaba este niño. Juanito desde que llegó á los ocho años había manifestado un deseo extraordinario de aprender, y como esas felices disposiciones no fueron alentadas ni dirigidas, se dedicó á estudiar lo que veía diariamente. La catedral de Burgos en cierto modo se convirtió para él en un libro abierto en el cual se entretenía en descifrar una lengua desconocida.

Andaba errante sin cesar alrededor de aquel magnífico edificio, que es el triunfo del arte gótico, no solamente en Castilla, sino en toda Europa; admiraba por instinto las proporciones gigantescas de esa arquitectura aérea que parece sostenida por las manos de los ángeles, y afianzada á la bóveda del fir-

mamento con cadenas invisibles; se maravillaba en silencio de la altura de las corpulentas torres y de la ligereza de las torrecillas llamadas *hijuelas* y del brillo de las vidrieras, de la multitud de adornos; preguntaba á los clérigos, los sacristanes, los obreros, los campaneros, para instruirse en detalle de la historia del monumento y de su fundador; sobre todo oía con una atencion pasmosa las leyendas y los milagros de los obispos de Burgos, desde la mas remota antigüedad; pero á veces, mientras la narracion de los estupendos prodigios atribuidos á esos santos personajes, una maliciosa sonrisa de incredulidad circulaba por sus labios y centelleaba en sus ojos disimulados.

Conocía pues todas las partes de la iglesia y no se cansaba de recorrerlas descubriendo aquí y allá nuevos motivos de sorpresa, examinaba las figuras grotescas de un chapitel, ó se detenía á contemplar las antiguas tumbas sobre las cuales duermen caballeros armados de todas armas, con un perro ó un león á sus pies; ó deslizábase espantado á la entrada de las cuevas sepulcrales, ó arrojaba una mirada indiscreta por entre el cristal de un relicario. Su imaginacion se enardecía con el espectáculo de aquellas antigüedades religiosas, y la innata tendencia que tenía á dudar de todo se desenvolvía en presencia de tradiciones gastadas sobre la piedra, pero grabadas en la memoria de los parroquianos de la catedral. Si se le contaba que tal santo había sido obispo á los doce años, y que no podía decir misa sin que una paloma de fuego revolotease sobre él, hacía un movimiento de incredulidad con la cabeza. En una palabra Juan de Arias unía á una verdadera piedad la aversion mas inflexible á todas las creencias que no eran dogmas fundamentales y que podían combatirse por el raciocinio; juzgaba falso todo lo que no comprendía y no tenía tampoco miedo al diablo, aunque lo viese representado en las pinturas y esculpido á cada paso en esa bella catedral.

Una tarde, al ponerse el sol que hacía relumbrar los florones como si fuesen un reverbero, la viuda de Arias fué á hacer su estacion acostumbrada sobre las gradas del altar de Nuestra Señora; sus dos hijos estaban á su lado; su hija arrodillada cerca de ella y recogida á su ejemplo, las manos juntas, los ojos levantados hacía la imagen de plata de la madre de Jesus; su hijo en pie lleno de distraccion profana por los reflejos de las vidrieras reflejados sobre las baldosas de los colores de la nave mayor. Juan sin embargo había llevado en ofrenda una corona de rosas silvestres y de flores blancas escogidas espresamente en los bosques de las inmediaciones, á donde iba á correr sin designio, buscando antigüedades, y las ruinas de los templos paganos derribados por los primeros apóstoles del cristianismo para plantificar la Cruz.

Cuando la señora de Arias acabó su rezo, que había llenado de dulces lágrimas sus párpados brillantes, echó menos á su hijo; como había estado mas tiempo que de ordinario en oración, pensó que el niño, cansado de permanecer en el mismo sitio, había paseado su curiosidad de capilla en capilla, de sepulcro en sepulcro, mientras su madre y hermana rogaban por él. Por lo mismo se levantó sin inquietud; dió una vuelta por la iglesia mirando á derecha y á izquierda pensando encontrar á Juanito inclinado sobre un epitáfio ó encaramado cerca de un cristal de la bóveda; porque frecuentemente se subia en el pulpillo para aproximarse á las admirables pinturas de las vidrieras. Pero la señora de Arias no le encontró en parte alguna; no vió que se moviese sombra alguna en las capillas laterales, ni en el coro, ni en la nave que estaba ya bien oscura; no oía tampoco el ruido de pasos resonar en el pavimento. Suponiendo que el niño habria salido de la catedral y regresado á casa se propuso castigarlo por este acto de ligereza y de desobediencia. Entró en su casa con un vago presentimiento de una próxima mejora de su suerte; pero cayó de improviso en una dolorosa ansiedad no hallando á su hijo.

Volvió sobre sus pasos, recorrió las calles inmediatas á la catedral, preguntó al sacristan que cerraba las puertas de la iglesia, y llamó á Juan hasta por las paredes del cementerio. La noche oscurecia y su terror se aumentaba por grados; volvió pues ella á recorrer de nuevo varias veces los lugares mismos, fué otras tantas á su morada para asegurarse de si habia parecido el niño. Empleó una parte de la noche en pesquisas inútiles y pasó el resto de esta noche eterna entre sollozos y los mas siniestros pensamientos. En su desesperacion llegó hasta á quejarse de su desgracia á la madre de Dios.

Juan de Arias se habia dormido en un asiento del coro oculta su rubia cabeza entre sus manos. Su vestido de burriel pardo no salia de la oscuridad que la circundaba, y el sacristan preparado con su linterna visitó todos los escondrijos de la iglesia sin sospechar que un ser viviente se ocultase en ellos. El reloj daba las doce de la noche cuando el niño despertó todo transido de frio. Abrió los ojos y no distinguió nada á causa de las tinieblas; estendió las manos hácia adelante tocó las cabezas de los ángeles esculpidas en los remates del asiento, y se enteró del lugar en que estaba; pero no se acordaba, como á aquellas horas de la noche, habia podido introducirse en la catedral, no tubo sin embargo la menor sensacion de miedo.

Mientras tanto que contemplaba con muda admiracion el efecto imponente de aquella nave, lleno de sombra y de silencio, donde los recuerdos de seis siglos gravitaban sobre el polvo de tantos muertos, le sobrecogió un ruido que sintió en el fondo de la

nave mayor: eran lo chasquidos de un vidrio que se rompe. Escuchó reteniendo la respiración. Alguien andaba y se acercaba á él. Otro niño, un hombre también se habría helado de terror pensando en las fantasmas que se escapaban de las sepulturas, ó en los santos ó demonios que se amparaban de la casa del señor. Mas Juan de Arias no era supersticioso y no atribuyó á un cambio del orden natural aquellos extraños ruidos, cuya causa todavía le era desconocida y tomaba un carácter misterioso en aquella sombría soledad de piedra.

Juan se preparó para oír y ver, sin mezclar en esta aparición ni al cielo ni al infierno. Un hombre solo se dirigía directamente al altar de la virgen, no era ciertamente para rezar; iba con precaución, como preparado á la fuga desde que se presentase el menor indicio de peligro. Las sombras del lugar no permitían discernir por su figura y su exterior el motivo de la presencia nocturna en la iglesia, mas el niño no dudó nada respecto á esto cuando observó que el ladrón se dirigía á la virgen de plata que habia ya bajado del altar, y la tenia abrazada familiarmente para llevársela. La presencia de este sacrilegio escitó en Juan de Arias una generosa indignación, que le hizo dar un grito. El ladrón se creyó descubierto y sacó un puñal, cuyo brillo amenazador inspiró al punto al niño un ardido atrevido é ingenioso. «Miserable, exclamó con voz clara y fuerte á la cual el eco de los subterráneos prestó un acento solemne, ¿qué has venido á hacer aquí?

—Perdon, Dios mío! respondió aquel hombre espantado, poniéndose de rodillas con la cara contra el suelo; tened piedad de mi Virgen Santa!

—Te atreves, sacrilego, á tocar á esa imagen bendita! Continuó en el mismo tono Juan de Arias, que se divertía con el terror del ladrón.

—Ayl Señora, decía el ladrón temblando con todos sus miembros, perdonadme! Soy un pobre hombre que ha tentado el diablo!

—Vete de aquí, pícaro! contestó el niño que se reía entre sí te mando que reces cinco *Padre nuestros* y cinco *Ave Marias* en penitencia de tu mala acción.

Repuesto después de un rato de su terror el desalmado ladrón, se disponía ya este á poner sus manos sobre la imagen, cuando:

—Infame sacrilego, no toques mas á mi efigie, exclamó Juan de Arias que conoció el proyecto atrevido de aquel in-crédulo.

Paróse este aun no del todo resuelto á abandonar su presa.

—Escucha, le dijo el niño que no perdía la presencia de ánimo, quiero evitarte un pecado mortal. Deja la estatua y haz

un acto de contriccion para que Dios te perdone; en seguida te mostraré un tesoro que te impedirá en adelante robar las riquezas de Dios.

—Un tesoro! exclamó el crédulo y codicioso ladron. Haré gustoso un acto de contriccion y cuando tenga con que vivir me haré hombre de bien.

—Hay detrás de aquel sepulcro de un cardenal una puerta cerrada con un simple cerrojo; ábrela.

—Pero y el tesoro? dijo el ladron que sentía renunciar al botin que poseía, por otro que no veia todavía.

—Abre esa puerta, replicó Juan de Arias con autoridad; baja veinte gradas, sigue siempre adelante, á tientas, hasta que yo te advierta que te detengas....

—Pero y el tesoro? dijo el ladron que seguía las instrucciones de la voz misteriosa y que se metía en un subterráneo profundo.

—Muy bien, respondió el niño que corrió á la puerta entreabierta por la cual había entrado el ladron con confianza; continúa adelante, pronto verás el tesoro!

—O virgen santa, yo veo brillar alguna cosa, exclamó el malhechor desde el fondo del laberinto en que se había imprudentemente engolfado. Es este el tesoro?....

—Si, puedes cogerlo.»

A estas palabras el ruido de un cuerpo que caía en el agua insruyó á Juan de Arias, que su superchería había tenido buen éxito. El ladron se habia precipitado él mismo en una cisterna, antigua piscina destinada para lavar los lienzos impregnados de santos óleos. En aquel pozo alimentado por las aguas del cielo que recibía por una abertura de la bóveda, un rayo de la luz de la luna causó el error del ladron que creyó ver relucir oro á sus pies y se arrojó para apoderarse de él. Al mismo tiempo Juan de Arias se colgó de la cuerda de un esquilon y lo hizo sonar. El campanero de la torre acabó de dar la alarma.

Instruido el obispo de este suceso, hizo venir á su presencia á Juan de Arias, y despues de haberle oido con atencion no dudó que estubiese predestinado para grandes cosas. Por lo mismo dispuso que se educase á costa de la mitra en el colegio de la ciudad. Juan de Arias llegó á ser un sábio y se sirvió de su erudicion contra las falsas leyendas, que criticó con oportunidad, y fué obispo de Segovia en el reinado de Enrique IV de Castilla por los años de 1463.



LOS DOS AMIGOS.

FÁBULA.

Del mundo en cierta parte florecian
Dos íntimos amigos, ambos doctos:
Con recíproco amor se visitaban
Siendo la emulacion del pueblo todo.
Llamábase Scipion Nasica el uno:
Enio el Poeta, dicen que fué el otro.
Partió un dia Nasica á ver su amigo
Y á consultar con él cierto negocio,
Toca á la puerta y le abre la criada,
Con satisfaccion mucha y sin embozo;
Como otras veces la escalera sube:
¿Donde tu dueño está? con grato tono
La pregunta; mas Enio muy pasito
La dice: dñ no estoy, ¡que zangandongo!
Nasica lo oye, y márchase forjando
Sospechas de amistad á tal descoco.
Arrieros somos, entre sí decía,
No tardará en pagar el hecho impropio;
En efecto, pasados unos dias,
Enio vase á buscar muy oficioso
A su casa al amigo, y preguntando
Por él, dice Nasica con encono:
«No estoy, Enio replica: Soy tu amigo.—
Pues amigo, no estoy—¿Qué tu estás loco?—
No estoy ¡dice Nasica! ¿no me crees?
Basta lo diga yo ¡brabo, gracioso!
Yo creí prontamente á tu criada;
¿Y tu á mi no me crees? ¡que bochorno!
Mide la gran distancia que se advierte
Desde su situacion á mi decoro,
Y notarás á quien mas creer debes,
Y así, no estoy, no estoy, no seas plomo.»
Amigo que se arroga adoraciones
Y un bofeton descarga inoficioso;
Ande alerta, y espere á la venganza
A mayor golpe previniendo el rostro.—
